



Peanut Jones

y los doce portales

LA AVENTURA MÁS MÁGICA DEL MULTIPREMIADO
ROB BIDDULPH

Escrito e ilustrado por

ROB BIDDULPH

Peanut
y los doce portales Jones



ANAYA



Título original: *Peanut Jones and the Twelve Portals*

1.ª edición: noviembre de 2022

© Del texto y las ilustraciones: Rob Biddulph, 2022
Publicado por primera vez en 2022 por Macmillan
Children's Books, un sello de Pan Macmillan
© De la traducción: Mercedes Vaquero Granados, 2022

© Grupo Anaya, S. A., 2022
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantiljuvenil.com

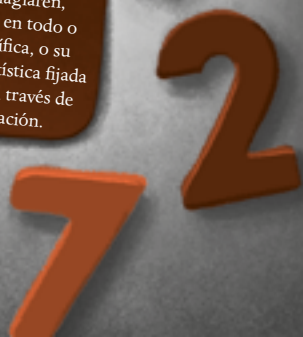


ISBN: 978-84-698-9077-6
Depósito legal: M-23787-2022
Impreso en España – Printed in Spain



Reservados todos los derechos.

El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Para Petra,
que aporta luz y cariño.



Prólogo

Para su enorme sorpresa, la puerta se abrió. Cuatro pares de ojos se asomaron a la fría y oscura habitación.

Silencio.

Sintiéndose valiente, la niña de mayor edad empujó la delgada superficie. La puerta crujió al girar sobre sus bisagras de papel. Los niños la cruzaron con vacilación.

Un olor a aguarrás mezclado con jabón barato inundó sus fosas nasales cuando bajaron de un salto y se plantaron en el suelo polvoriento. Dos luces rojas, a un par de metros del suelo, brillaban al fondo de la habitación. El chico más joven, con el pelo a lo afro, tragó saliva.

—¿Quién anda ahí? —preguntó—. Oigo respirar a alguien.

Algo pequeño con garras se movió a toda prisa por el suelo delante de ellos.

—Vale, guay. Ya he tenido suficiente.

Se dio la
vuelta para mar-
chase, pero la chica lo
agarró de la chaqueta para
impedírselo.

—¿Hola? —dijo en la oscuridad, con
la voz llena de esperanza—. ¿Hay alguien aquí
con nosotros?

Esta vez, nada.

De repente, una luz deslumbrante inundó la visión de los
cuatro y todos se llevaron las manos a la cara por instinto. Tras
unos segundos, dejaron de frotarse los ojos y bajaron los brazos.

La chica observó, mientras se le adaptaba la vista, como la
alta figura que tenían en frente se apartaba, dejaba la antorcha
en el suelo y se acercaba a su derecha. Abrió una rejilla metá-
lica y cuatro pinceladas de luz entraron en diagonal en la ha-
bitación, pintando un lado del hombre con colores brillantes
e iridiscentes. Su larga y revoltosa cabellera, de cálidos tonos
rojizos, naranjas oscuros e intensos dorados, le caía sobre los
hombros. Cuando se giró lentamente para mirar a sus visitan-
tes, reveló una larga barba.

La chica dio un paso al frente y se frotó los ojos de nuevo.
¿Podía ser? ¿Debajo de todo ese pelo? ¿Era él?

—Hola, Peanut —saludó el hombre.

La joven exhaló. Y luego sonrió.

—Hola, papá.



Parte 1


... en la que Peanut
abre los ojos





1

Antes, ese mismo día



Peanut Jones cogió el último de los rotuladores permanentes y lo deslizó con cuidado en el hueco hecho a medida de su nuevo cinturón de herramientas artísticas. Encajaba a la perfección, como los pinceles, el bloque de carboncillo, el rotulador de *lettering*, el rodillo de tinta, los botes de tinta en blanco y negro, los sellos, el bote de pintura en spray y la pequeña caja de acuarelas. El cinturón estaba completamente equipado y listo para ser utilizado. Bueno, casi totalmente equipado. Quedaba un hueco vacío.

Esta era la segunda versión de su bandolera. Le habían arrebatado la primera hacía unos meses, cuando a sus amigos y a ella los encarcelaron en la Aguja, una enorme torre en el centro de Croma, la Ciudad Ilustrada. Pero mucho peor que la pérdida de la bandolera había sido la de su superimportante lápiz mágico. Se lo había robado un hombrecillo con

un sombrero Fedora blanco, después de un incidente con un detonador a distancia (que un cocodrilo parlanchín le había regalado a Peanut, a su amigo Rockwell y a su hermana Little-Bit) y varios miles de peces mecánicos que explotaban.

Peanut se acercó a su escritorio y cogió la caja de madera que estaba encima de sus libros de ejercicios. Estaba llena hasta los topes de pósits amarillos. En cada uno de ellos había un dibujo de su padre, que todos los días solía esconderle uno de esos cuadrados amarillos de papel dentro de la fiambarrera del colegio para animarla mientras comía sus sándwiches. Pero eso había sido antes de que desapareciera de repente. Pasó los dedos por la palabra grabada en la tapa: «Grafito». Fue en el compartimento secreto del fondo de esa caja donde encontró por primera vez el lápiz número uno de Conté, el lápiz mágico; poco después de su hallazgo descubrió que todo lo que dibujaba se convertía en realidad. Eso, a su vez, había iniciado una cadena de acontecimientos que la llevaron a dibujar una puerta, abrirla y entrar en Croma, la Ciudad Ilustrada.

El ritmo de batería, guitarra y teclado que salía de su radio cesó cuando volvió a escuchar la voz del DJ.

Los Beatles con Get Back, una de sus mejores canciones. Y ahora, a las cinco de la tarde, es el momento de escuchar los titulares de las noticias más importantes, que hoy nos trae Benedict Hughes.



Peanut abrió la tapa y cogió uno de los pósits. Su padre había dibujado en él una perfecta versión en miniatura de *La gran ola de Kanagawa*, de Hokusai. «Qué apropiado», pensó la niña. En varios momentos del último año se había sentido como si estuviera en el ojo de una tormenta igual de apabullante. Sin embargo, desde hacía poco parecía que las nubes se habían disipado ligeramente, y uno o dos rayos de sol comenzaban a abrirse paso. Un rayito de esperanza, ¡por fin!

Uno de los cuadros más famosos del mundo, el Guernica de Pablo Picasso, se ha convertido hoy en la décima obra de arte, de incalculable valor, en desintegrarse misteriosamente en los últimos tres meses.



Los ojos de Peanut pasaron del pósit con la ola de Hokusai a la radio.

El extraño giro de los acontecimientos se produjo esta mañana, justo antes de la apertura del Museo Reina Sofía de Madrid. La renombrada historiadora del arte Diana Drown lo describió como la madre de todas las tragedias. «Lo que en su día fue la pintura antibélica más conmovedora y poderosa de la historia ahora no es más que un montón de polvo gris plata en el suelo de la galería. Llevo todo el día llorando sin parar».



El moño mal recogido y de color cobrizo de Peanut se balanceó de un lado a otro al sacudir la cabeza. «¿Otro?», pensó para sí misma. «Tiene toda la pinta de que el señor Blanco está detrás de todo esto. Cuanto antes volvamos a Croma, mejor».

El señor Blanco. El hombre que le había robado el lápiz en Croma. El hombre que la había encarcelado en la Aguja. El hombre que quería eximir al mundo de toda creatividad.

En otro orden de cosas, una mujer de Buckinghamshire ha encontrado hoy en su supermercado local un nabo que es exactamente igual al primer ministro. Barbara Armitage, de Chalfont St Peter, describió el parecido como extraño. «Y, lo que es más, ¡seguro que podría dirigir mejor el país que...!».



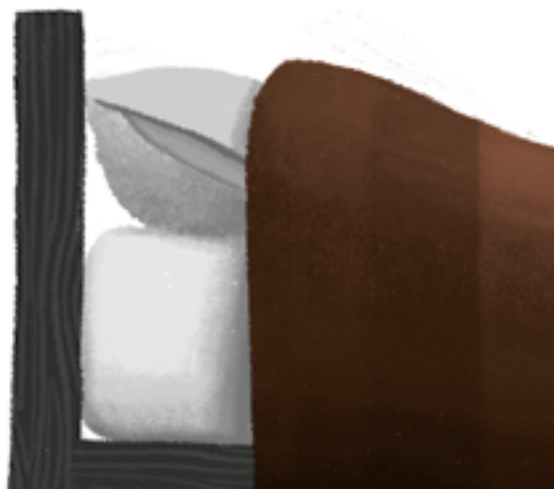
Peanut pegó el dibujo de Hokusai en la pared, apagó la radio y se giró para mirar su nueva colección de pósits pegados en la puerta del armario.

Las notas habían empezado a aparecer a diario en su fiambrera un par de semanas después de su regreso de Croma. La mayoría presentaban formas abstractas compuestas por una o dos gruesas líneas negras, pero algunas estaban casi en blanco. Casi. En todas ellas, las palabras «Te quiero infinito X» aparecían escritas en letra cursiva. La minúscula letra cursiva de su



padre, para ser exactos. Había escrito lo mismo en todas los pósits para el almuerzo que había dibujado para ella.

Las notas de Peanut a la hora del almuerzo habían cesado tras desaparecer su padre. Así que se alegró mucho cuando, tres meses atrás, volvió a encontrarse con una entre su sándwich y su barrita de cereales. Desde entonces, había aparecido un pósit nuevo cada día; de hecho, algunos días encontraba más de uno. Este era su rayito de esperanza. No solo era una prueba de que su padre seguía vivo, sino también de que intentaba decirle algo. Solo tenía que averiguar qué era ese algo.



2

La fiesta de pijamas

1

a puerta de la habitación se abrió de golpe y entró a toda prisa una niña pequeña con una gran voz.

—¡PEEEEEEEEEAAAAANUUUUTTTT!

Little-Bit Jones se subió a la cama y, de inmediato, empezó a rebuscar entre los pósits de la caja.

—¿Cuál es tu favorito? —preguntó la pequeña, extendiendo una selección sobre el edredón—.



A mí me gusta el pato Lucas. Siempre he pensado que está superinfravalorado en el canon de los Looney Tunes. Su ego insaciable y su temperamento explosivo son perfectos para la comedia, y el cortometraje animado *Pato aturdido*, de 1953, es un clásico del género.

Peanut miraba, con los ojos muy abiertos, a su hermana de cinco años. Su precoz inteligencia nunca dejaba de sorprenderla. También había demostrado ser increíblemente útil durante las aventuras que habían vivido juntas en Croma.

—En fin, ¿podemos irnos ya? Me aburro. Si perdemos más tiempo, algún otro cuadro se convertirá en polvo. —Little-Bit ya sentía la típica apatía de las vacaciones de verano, a pesar de haber empezado el colegio el año anterior—. ¡También me muero de ganas de volver a ver a Garabato! ¡El nuevo cachorro de Marley es una monada y todo eso, pero creo que un perro mágico como Garabato es mucho mejor!

—¡CHICAS! ¡SON LAS CINCO EN PUNTO!

Tracey Jones, su madre, les avisaba a voces desde el final de la escalera, con el pelo envuelto en una toalla; a medio camino de pintarse las uñas del mismo color que el mono rojo oscuro que llevaba puesto.

—¡TENÉIS QUE SALIR YA SI QUERÉIS LLEGAR AL MUSEO DE LA CIENCIA A TIEMPO! —gritó.

Little-Bit trató de contener una risita.

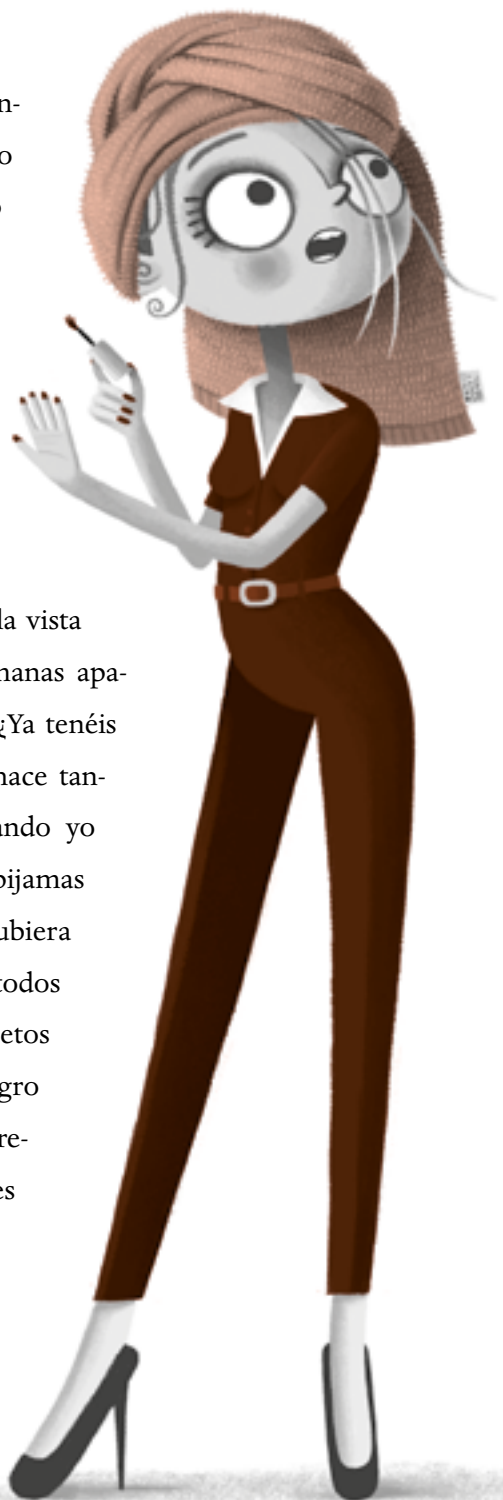
—De verdad cree que vamos al Museo de la Ciencia —surró—. ¡Sí, claro!

—Me siento mal por mentirle —aseguró Peanut—, pero no podemos correr el riesgo de que le diga a él adónde vamos en realidad.

Cogió la bandolera, la dobló dos veces y la metió con cuidado en su bolsa de deporte.

—¡Ah! ¡Ahí estáis! —exclamó su madre, levantando la vista de sus uñas cuando las hermanas aparecieron en el descansillo—. ¿Ya tenéis todo lo necesario? Oh, ¡me hace tanta ilusión por vosotras! Cuando yo era niña no había fiestas de pijamas en los museos. Cómo me hubiera gustado pasar la noche entre todos esos encantadores... esto, objetos científicos. Peanut, me alegro mucho de que por fin te intereses por las cosas importantes de la vida.

Peanut suspiró mientras bajaba las escaleras. La relación con su



madre había sido tensa desde la desaparición de su padre. Al principio, su madre se había preocupado mucho, para pasar a enfadarse después de que su padre les enviara una misteriosa postal desde Ciudad de México en la que les decía que se olvidaran de él. Ella pensaba que los había abandonado por fracasar como artista, pero Peanut nunca había creído esa historia. De hecho, Peanut pensaba que, desde entonces, su madre culpaba de todo lo que iba mal al arte y a la creatividad en general. El año pasado, había insistido en que Peanut dejara su querido Melody High y asistiera al colegio San Hubert para los Seriamente Científicos y Terminalmente Matemáticos. Si el corazón de Peanut no hubiera estado ya roto por la desaparición de su padre, aquello sin duda habría acabado de destrozárselo en mil pedazos. La madre se chupó el dedo y frotó con energía la frente de su hija mayor hasta asegurarse de que estaba limpia.

—Está bien, andando. Divertíos mucho. —Besó a las dos en la mejilla—. Siento no poder acercaros hasta la estación, pero Milton va a llegar pronto y todavía tengo que rizar me un poco el pelo. —Peanut y Little-Bit se miraron. Su madre dejó el esmalte de uñas y se giró hacia el gran espejo de la puerta principal—. Espero estar a la altura. Hace años que no voy al *ballet*. —Se estiró de las mejillas hacia las orejas con el dedo pulgar e índice—. ¿Dónde está Leo? Tenía que haber vuelto hace siglos. Me prometió que sacaría a pasear al perro. De verdad que ese hermano vuestro...

La mera mención del nombre de Milton Stone provocó un escalofrío en Peanut. Era socio de la empresa de contabilidad de su madre y, ahora que su padre había desaparecido, parecía que también quería ser su novio. No solo eso, sino que Peanut estaba segura de que había algo más en él de lo que se veía a simple vista. Miró el sombrero Fedora blanco que colgaba del perchero y que el señor Stone había dejado allí la última vez que había ido a su casa. Un sombrero Fedora blanco que, por desgracia, le resultaba demasiado familiar.



3


Nerys y las entradas

P

eanut y Little-Bit salieron de casa y cerraron tras de sí la puerta principal de color amarillo brillante. Justo en ese momento, Nerys, la asistente de su madre en Blood, Stone & Partners, llegó a la cancela del otro extremo del camino.

—Hola, mis amores. ¿A dónde vais las dos en esta hermosa tarde de verano?





De su boca surgió una rítmica voz con acento galés y de inmediato el mundo pareció más soleado.

Little-Bit sonrió.

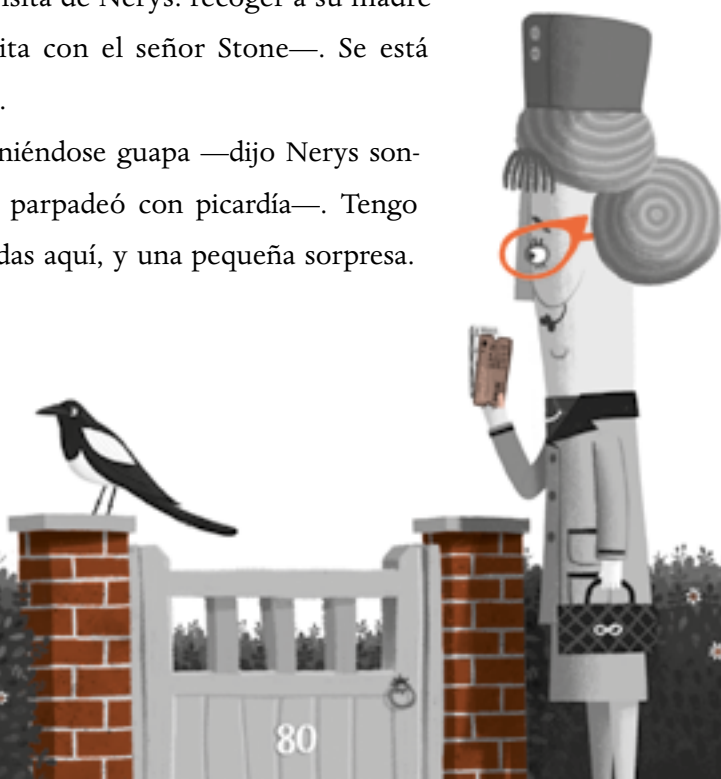
—Vamos a la National P..

—¡Vamos al Museo de la Ciencia! —interrumpió Peanut—. Organizan una especie de fiestas de pijamas muy chulas durante las vacaciones, en las que puedes ver las estrellas y las máquinas y, esto..., otras cosas científicas.

—Guau, no os voy a mentir, suena genial. —Cerró la puerta tras de sí—. Bueno, no dejéis que os entretenga. ¿Está vuestra madre en casa?

—Sí —suspiró Peanut al recordar el probable propósito de la visita de Nerys: recoger a su madre para la cita con el señor Stone—. Se está vistiendo.

—Poniéndose guapa —dijo Nerys sonriendo, y parpadeó con picardía—. Tengo sus entradas aquí, y una pequeña sorpresa.



Pasadlo bien en el museo. Y no os metáis en líos. No quiero oír que causáis problemas a vuestra madre.

Peanut y Little-Bit se despidieron y salieron a Melody Road, donde un enorme coche plateado estaba aparcado en el bordillo, ocupando al menos dos plazas de tamaño normal. Una ventanilla negra y opaca se abrió muy despacio para dejar ver a un hombre sonriente de mediana edad con un sombrero de chófer de color azul marino.

—Hola, Hammond —saludó Peanut con alegría—. ¿Cómo va todo?

—No me puedo quejar, señorita. No me puedo quejar —respondió el conductor residente de Blood, Stone & Partners—. Pero debo decir que no está mal veros para variar. Demasiados viajes al aeropuerto últimamente. No quiero ni imaginar lo grande que es la huella de carbono del señor.

Peanut frunció el ceño. «Así que Stone está viajando mucho, ¿no? Me pregunto qué estará tramando». Su sospechómetro había estado haciendo horas extra en los últimos tiempos.

—Venga, Peanut. —Little-Bit metió prisa a su hermana, reventando el globo de su pensamiento—. Vamos a recoger a Rockwell, que llegamos tarde.



La señora Riley

Los Riley vivían en Morse Tower, un bloque de apartamentos situado a diez minutos de Melody Road. Peanut y Little-Bit llegaron prácticamente sin aliento al séptimo piso, donde se toparon con una señora alta y elegante que llevaba puesto un increíble traje de ciclista a cuadros blancos y negros y que empujaba una bicicleta a través de la puerta principal del 7C.

—Hola, chicas —dijo alegremente—. Pasad, pasad. Quitaos los zapatos, por favor. ¡ROCKWELL, TUS AMIGAS ESTÁN AQUÍ!

Las hermanas la siguieron a través de un pequeño pasillo hasta llegar a una elegante sala de estar. Se sentaron en el sofá y agradecieron a la madre de Rockwell los vasos de zumo de naranja que les ofreció.



—Tú debes de ser Peanut, y tú, Little-Bit. —La mujer esbozó una radiante sonrisa—. Mi hijo no para de hablar de vosotras.

—Así es —dijo Peanut—. Es un placer conocerla por fin, señora Riley.

—¡Oh, llamadme Bridget, por favor! —Se sentó en la *chaise longue* junto a ellas—. Me alegro mucho de que Rocky haya hecho amigos por fin. No ha sido fácil para él, ¿sabéis?



Primero, su padre y yo nos separamos, y luego tuvo que adaptarse a la vida en el colegio San Hubert.

«Me suena de algo», pensó Peanut.

—Estas cosas pueden ser difíciles si uno es tan sensible como Rocky —continuó Bridget—. Es inteligente, y sé que le gusta estar solo, pero trabaja demasiado y se preocupa tanto... Todo el mundo necesita amigos de su edad con los que hablar, ¿verdad?

—Supongo que sí —respondió Little-Bit—, aunque a veces habla un poco demasiado. Sobre todo de los deberes y de estudiar y de ese tipo de cosas.

Bridget y Peanut se rieron.

De repente, una puerta junto a la cocina se abrió de golpe y apareció un chico alto con el pelo aún más alto y con una gran sonrisa en la cara.

—¿De qué os reís?

—¡Seguro que de esa camiseta no! —señaló Peanut.

Rockwell miró el gran símbolo π en su pecho con las letras «bón» escritas debajo.

—¿En serio? —Una expresión de incertidumbre cruzó su rostro, hasta que registró la sonrisa burlona de Peanut—. ¿No te parece que mola mucho para mi club de frikis? —preguntó—. A los matemagos del Museo de la Ciencia les va a encantar. Vamos, ¡que empiece la función!

Peanut y Little-Bit se levantaron.

—Gracias por la bebida, señora Riley. Ha sido un placer conocerla.

—Lo mismo digo, chicas. Cuidad de Rocky en la fiesta de pijamas. Oh, y no dejéis que se tome las cosas demasiado en serio. Aseguraos de que se divierta un poco, ¿vale?

—Bueno, haremos lo posible —dijo Little-Bit—, pero es difícil cambiar los hábitos de toda una vida.





Northern Line



ocky? —rio Peanut mientras se dirigían a la estación de metro—. ¿Como el boxeador de las pelis? ¿Así que te dedicas a boxear un poco en tu tiempo libre? ¡Levanta esos puños! ¡LEVANTA ESOS

PUÑOS!

Su hermana y ella adoptaron su mejor postura Muhammad Ali y bailaron en círculo simulando lanzar unos ganchos.

—Muy gracioso —dijo Rockwell, sacudiendo la cabeza ante su pequeña payasada—. A decir verdad, no estoy seguro de que tú y Little-Bit seáis las más indicadas para burlaros del apodo de nadie, teniendo en cuenta que «Peanut» significa «cahuete», y «Little-Bit» significa «poquito».

«Es cierto», pensó Peanut, mientras los tres atravesaban el torno del metro.

—¿Has oído las noticias sobre ese cuadro en España? —le preguntó Peanut cuando llegaron al andén de la Northern Line.

—Sí. Otro que muerde el polvo. —Rockwell se recolocó la mochila al hombro—. ¿Cómo se llamaba? *Guenevere*, ¿no?

Peanut sacudió la cabeza. Nunca dejaba de sorprenderle lo poco que su amigo sabía de arte.

—*Guernica*, de Picasso. Y es la décima obra de arte valiosísima que desaparece en menos de tres meses. —Sacó un papel del bolsillo de su peto y lo desdobló. Negó con la cabeza—. No debimos dejar pasar tanto tiempo antes de regresar a Croma. Quizá podríamos haber salvado algunos de esos cuadros si hubiéramos vuelto antes.

—Oh, vamos, recuerda lo que pasó la última vez



—dijo Rockwell—. ¡El señor Blanco estuvo a esto de encarcelarnos para siempre! —Sostenía el dedo y el pulgar separados un centímetro—. ¡Tenemos suerte de no estar encerrados en la Aguja ahora mismo, custodiados por los RARCE!

Los RARCE, o Robots de Actitud Rigurosa y Cero Empatía, formaban el ejército mecánico que utilizaba el señor Blanco para imponer sus leyes como alcalde de la ciudad. Había miles de ellos vigilando a los ciudadanos de Croma en los doce distritos. Y Rockwell tenía razón: si no hubiera sido por

la rapidez mental de Peanut, seguro que seguirían encarcelados en la Aguja. Por suerte, habían conseguido escapar y, con la ayuda del señor y la señora Markmaker (líderes de la Resistencia contra el señor Blanco), pudieron volver a Londres sanos y salvos. Aquella



había sido la primera vez que utilizaron el portal ultrasecreto de Valles Verdes, que conducía a la National Portrait Gallery a través de una pequeña puerta oculta tras un busto de la reina Victoria.

El metro llegó a la estación con un ruido sordo y las puertas se abrieron acompañadas del conocido aviso para no introducir el pie en el hueco entre el coche y el andén.

—Al menos sabemos por qué Blanco estaba tan interesado en tu lápiz —discurrió Rockwell mientras subían al vagón



y se sentaban—. Es evidente que lo está utilizando para viajar entre Croma y el mundo real, y así poder acabar con las obras de arte más queridas del planeta.

Mientras el metro abandonaba la estación, Peanut pensó en la vez que había dibujado una puerta en su habitación con la ayuda de Grafito. Había resultado ser el portal que la llevó por primera vez a Croma. Fue entonces cuando descubrió uno de los poderes más sorprendentes del lápiz: era un dispositivo mágico para crear portales, poder que solo tenía Grafito.

No es de extrañar que el señor Blanco pareciera tan feliz cuando por fin lo tuvo en sus manos. Ahora tenía la capacidad de crear portales entre ambos mundos donde y cuando quisiera.

—Lo que no acabo de entender —dijo pensativa Peanut—, es la forma en que está destruyendo las obras de arte. Desintegrándolas. ¿Cómo puede hacer algo así?

Los frenos del tren chirriaron ruidosamente al entrar en la siguiente estación.



—¡Ja! Está clarísimo —se jactó Little-Bit, sin levantar la vista de su cómic de ciencia ficción.

—¿El qué? —quiso saber Peanut.

—Ya empezamos —suspiró Rockwell—. Venga, ilumínanos, Sherlock.

Little-Bit bajó el cómic y miró a Rockwell.

—Bueno, el señor Blanco debe de haber hecho copias de las pinturas y esculturas en Croma y luego, de alguna manera, ha sustituido las de verdad por las falsificaciones.

Peanut y Rockwell fruncieron el ceño.

—Dadle un par de vueltas —continuó Little-Bit—. Cuando dibujas algo en Cromo, se vuelve real, ¿verdad? Y sigue siendo real allí. Pero cuando dibujas algo con Grafito en nuestro mundo, se deshace en polvo en cuanto alguien lo toca.

—Tienes razón —se maravilló Peanut—. ¿Recuerdas, Rockwell, cuando dibujé esa manzana en el laboratorio de ciencias de la escuela para enseñarte cómo funcionaba el lápiz? Cuando la cogiste, se convirtió en ese polvo gris plateado.

—Exactamente —confirmó Little-Bit—. Y apuesto lo que queráis a que pasa lo mismo con las cosas mágicas que se dibujan en Cromo. Seguro que cuando se traen a nuestro mundo, un cuadro, por ejemplo, también se desintegran al tocarlas.

—Mmm. Supongo... —dijo Rockwell. Parecía reacio a admitir que Little-Bit podía tener razón.

—Entonces, si solo se han destruido las obras de arte falsas —conjeturó Peanut—, ¿qué ha pasado con las auténticas?

—Vamos, seguro que hasta vosotros dos podéis resolver el enigma —se burló Little-Bit, disfrutando con la situación—. Apostaría toda mi colección de cómics a que ha robado los originales para quedárselos él y los esconde en algún lugar de Ciudad Ilustrada.